



Fraternalita' de Laicos Cavanis
Casa Sacro Cuore, ISTITUTO CAVANIS
Via Col Draga – POSSAGNO (TV)

MONASTERIO INVISIBLE - 02.11.2024

Como siempre, entre el momento de nuestro encuentro espiritual dentro de los muros del MONASTERIO INVISIBLE y la redacción de este texto que utilizamos como instrumento, inevitablemente pasa un cierto tiempo. Por eso, el evangelio sobre el cual estoy reflexionando hoy, mientras me dispongo a escribir estas líneas, es el evangelio del XXX Domingo del Tiempo Ordinario sobre *el ciego Bartimeo*, que al oír que Jesús se acercaba, llama su atención gritando: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!». Este episodio del ciego Bartimeo es, en el evangelio de Marcos, el punto culminante de la catequesis de Jesús para hacernos entender que también nosotros somos ciegos. El milagro no está en la cura de la ceguera física, sino en curar la ceguera interior de los discípulos, que, poco antes, habían pedido sentarse a su derecha y a su izquierda en su Reino, es decir, ser los primeros y buscar su propia gloria. Pero Jesús responde que su gloria consiste en entregar la vida, no tomarla para sí. Hay una ceguera interior que es el encerramiento en nosotros mismos, nuestro egoísmo, donde no vemos al otro, sino en función de lo que puede ofrecernos; incluso Dios: ¿para qué me sirve? Si no responde a mis necesidades, lo dejo de lado. Bartimeo, ciego y mendigo, “estaba sentado al borde del camino” quieto y en silencio. El evangelista nos lo presenta como el modelo de discípulo, porque mientras la multitud y los discípulos que acompañaban a Jesús creían que lo veían, en realidad no se dan cuenta de nada, en cambio ese ciego fue el único que tomó conciencia de lo que estaba ocurriendo fuera y dentro de sí mismo. Es un hecho que, entre los más grandes místicos, el no vidente es el vidente. Bartimeo no ve, pero escucha (“al oír que era Jesús de Nazaret”). En cierto sentido, es verdad que no se puede comenzar a ver si antes no se ha comenzado a escuchar. Si uno está atento a lo que escucha, entonces cambia la manera de ver. Me parece importante acoger con toda su fuerza comunicativa y profética esta Palabra del Señor, pensando que está dirigida a cada uno de nosotros individualmente y a nuestra FLC en su conjunto. También nosotros debemos aprender a reconocer la presencia de Jesús y a escuchar su voz para aprovechar la oportunidad de su paso entre nosotros y pedirle, como Bartimeo: “¡Rabbuní, que vea!”. Debemos aprender a ver las cosas con la mirada que Jesús concede a quienes se convierten a Él; debemos, como Pablo cuando Ananías le impuso las manos, dejar caer de nuestros ojos las escamas que los sellan y los hacen ciegos, para mirar la realidad en la que nos encontramos del mismo modo en que la mira Jesús. Es esa mirada, que nos es dada por el Espíritu de Jesús, la que finalmente nos hará capaces de ver y por lo tanto de actuar, de la manera que Dios nos pide. Nuestro propio ser Cavanis, nuestro esfuerzo de adhesión al carisma, deben nacer de una mirada verdaderamente orientada a Cristo e inflamados por esa Caridad que inspiró la acción del P. Antonio y del P. Marcos.

Evangelio (Mc 10, 46-52)

Del Evangelio según san Marcos

En aquel tiempo, mientras Jesús salía de Jericó acompañado de sus discípulos y de una gran muchedumbre, el hijo de Bartimeo, un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino. Al oír que era Jesús de Nazaret, se puso a gritar: ¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí! Muchos le increpaban para que se callara. Pero él gritaba mucho más: ¡Hijo de David, ten compasión de mí! Jesús se detuvo y dijo: Llamadle. Llamen al ciego, diciéndole: ¡Animo, levántate! Te llama. Y él, arrojando su manto, dio un brinco y vino donde Jesús. Jesús, dirigiéndose a él, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? El ciego le dijo: Rabbuní, ¡que vea! Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y al instante, recobró la vista y le seguía por el camino.

Palabra del Señor.

De la homilía del Superior General de la Congregación, Reverendísimo P. Manoel Rosa, en la Misa de clausura del Jubileo del Venerable Padre Marco Cavanis, 11.10.2024, en www.cavanis.org:

“Podemos recordar las cinco virtudes del educador Cavanis: vigilancia, paciencia, solicitud, esperanza de fruto y oración”

La educación es fundamental para la transformación de la persona y de la sociedad. ¿Qué espacio y prioridad damos a la escuela, principal instrumento de una educación de calidad? Los hermanos Cavanis utilizaron lo que tenían a su disposición para enriquecer la escuela: oratorio, deporte, tipografía, biblioteca, teatro...

Hoy vivimos inmersos en los medios de comunicación, en la inteligencia artificial, en la robótica, en revoluciones culturales que se suceden, en cambios de época. Vemos el crecimiento del individualismo, la depresión, la ansiedad, las injusticias y los conflictos globales que están a nuestras puertas. Un consumismo exagerado que nos asfixia, un diluvio de información que nos desorienta; estamos solos, en medio de la multitud. Sentimos que las instituciones, la democracia, las familias están en crisis... no muy diferente a los tiempos del Padre Marcos. ¿Dónde encontrar respuestas? ¿Hacia dónde ir? Esta fue también la angustia de los hermanos Cavanis. Usaron todos los medios para convencer e involucrar a la mayor cantidad de personas posible en la misión esencial de educar a las nuevas generaciones, para garantizar un futuro próspero y pacífico. Invirtieron en la formación integral de la persona, un corazón lleno de valores, unido a una sólida cultura. ¡Dieron todo por la educación de los jóvenes! ¡Dieron la vida! La escuela no era un negocio de especulación o enriquecimiento. No era un pedestal para ser alabados o reconocidos. No formaba parte de un proyecto de expansión impulsado por la vanagloria... La Escuela era su familia. Los estudiantes, sus hijos...; consumieron su vida en la escuela, porque creían en lo que hacían. “Quien no siembra en el momento adecuado, espera en vano una buena cosecha”. No tenían

tiempo que perder. También hoy nosotros nos sentimos corriendo contra el tiempo, presionados por tantas urgencias. Supieron mantener la paz y la serenidad de espíritu, en medio de las contradicciones y los fracasos. Estaban convencidos de que la obra provenía de Dios, de ahí tanta persecución y sufrimiento. Lucharon contra el monopolio del Imperio austrohúngaro sobre la educación. Son héroes de la libertad escolar. Incluso los hijos de las familias adineradas necesitaban una educación de calidad. Nos sorprendió cuán intensa y dinámica era la vida escolar que los dos hermanos lograron construir con tan pocos recursos. ¡Milagro de la Providencia!

Se santificaron en la escuela, siguiendo el ejemplo de San José de Calasanz, a quien eligieron Patrono del Instituto Cavanis. Fueron reconocidos como santos mientras aún vivían y, tras su muerte, su fama se difundió aún más. Descubrieron el sentido de sus vidas a través de la educación de los niños. Realizaron su vocación y fueron felices.